

Erri De Luca

Los peces no cierran los ojos



Un hombre de sesenta años recuerda el último verano de la infancia en una isla cerca de su Nápoles natal, cuando acababa de cumplir los diez, esa edad en la que la inquietud y el deseo de crecer son muy fuertes, pero topan con el cascarón de un cuerpo todavía infantil. Lejos de la escuela y en compañía de un pescador parco en palabras, el chico va tomando las medidas del mundo que lo rodea, a la vez que aprende el arte de vivir de la mano de los libros de su padre. No obstante, hay una palabra en concreto que se le resiste y le causa rechazo cada vez que la encuentra escrita: «el verbo amar».

Mientras lee y hace crucigramas en la playa, una chica del norte que devora novelas policíacas, como hacía su abuela, le llama la atención. Los dos traban pronto amistad y pasan las horas de calor comiendo helados, debatiendo sobre el mundo de los adultos y las pasiones en el reino animal. Su relación despierta la envidia de una pandilla de muchachos algo mayores a quienes se atreve a desafiar, con consecuencias que no serán las esperadas... Pero en contrapartida, su derrota servirá al muchacho para descubrir que las heridas se curan mejor al calor de las historias familiares que le cuenta su madre y al contacto de la mano amiga de una chica, la misma a la que, aun sin comprenderlas del todo, dedicará sus primeras palabras de amor.

¿De qué sirve besar tu polvo?
Yo soy tu polvo.

ITZIK MANGER

—Te lo voy a decir una vez y ya es demasiado: enjuágate las manos en mar antes de poner el cebo en el anzuelo. El pez nota el olor, rehuye el bocado que viene de tierra. Haz exactamente lo que veas hacer, sin esperar a que nadie te lo diga. En el mar no es como en el colegio, no hay profesores que valgan. Está el mar y estás tú. Y el mar no enseña nada, el mar hace, y a su manera.

Escribo en italiano sus frases y todas juntas. Cuando las decía eran escollos separados con muchas olas entre medias. Las escribo en italiano; sin su voz pronunciándolas en dialecto suenan apagadas.

Empezaba a menudo con una «y». En el colegio nos enseñan que no se empieza un período con una conjunción. Para él, la frase era la continuación de otra que había dicho una hora, un día antes. Hablaba poco, con anchos espacios de silencio, mientras despachaba las tareas de una barca de pesca. Para él se trataba de un único razonamiento, que de vez en cuando se desprendía de su boca con la «y», letra que al escribirla dibuja un nudo. Aprendí de su voz a empezar muchas frases con una conjunción.

Veía algo bueno en mí, niño de ciudad que en verano acababa en la isla. Bajaba a la playa de los pescadores, me pasaba las tardes mirando el ajetreo de las barcas. Con permiso de mamá, podía montar en una de las más largas, con remos gruesos como árboles jóvenes. A bordo no hacía casi nada, el pescador se dejaba ayudar en algunas maniobras y me había enseñado a mover los remos, el doble de grandes que yo, permaneciendo de pie y empujándolos

con mi peso con los brazos extendidos y en cruz. Muy despacio, la barca se desplazaba e iba moviéndose. Aquel resultado me hacía mayor. El pescador necesitaba en ciertos momentos mis pequeñas fuerzas en los remos. No dejaba que me acercara a los anzuelos, a los sedales largos con el plomo de profundidad. Eran instrumentos de trabajo y no estaban bien en manos de un niño. En tierra firme, en Nápoles, en cambio, sí que estaban, y de qué manera, los instrumentos y las horas de trabajo en los niños.

Me dejaba echar el ancla. Yo había llegado a los diez años, una maraña de infancia enmudecida. Diez años era una meta solemne, por primera vez se escribía la edad con doble cifra. La infancia acaba oficialmente cuando se añade el primer cero a los años. Acaba, pero no ocurre nada, uno se queda dentro del mismo cuerpo de crío atascado de los demás veranos, revuelto por dentro e inmóvil por fuera. Tenía diez años. Para decir la edad, el verbo tener es el más preciso. Estaba en un cuerpo encapullado y sólo la cabeza intentaba forzarlo.

Tras terminar la escuela primaria con un año de adelanto, en aquel verano ya había salido del primer curso de la escuela media. Por fin se admitía el bolígrafo, se libraba uno del babi negro, ya nada de tintero, plumilla ni papel secante, llamado *carta zuca* en dialecto, papel chupón.

Me notaba la cabeza cambiada y creía que a peor. A la edad en la que los niños dejan de llorar, yo, por el contrario, empezaba. La infancia había sido una guerra, a mi alrededor morían más los niños que los viejos. Nada en su época era un juguete, por más que se la jugaran tenazmente. Yo me había librado, pero debía merecerme el tiempo.

Permanecía encerrado en la infancia, cual seca ama de cría tenía el cuartito donde dormía bajo los castillos de libros de mi padre. Se alzaban desde el suelo hasta el techo, eran torres, caballos y alfiles de un tablero colocado en ver-

tical. Por la noche, entraba en los sueños el polvillo del papel. En la infancia a los pies de los libros, los ojos no conocían las lágrimas. Jugaba a ser soldadito, el día era el turno de ir y venir en el escaso espacio de la garita.

A la llegada, a los diez años, del cambio, el baluarte de los libros no bastó ya para aislarme. Desde la ciudad llegaron a la vez los gritos, las miserias, las ferocidades a asaltar los oídos. No es que no estuvieran antes, pero mantenidos a distancia. A los diez se conectó el nervio entre el dolor de fuera y mis fibras. Lloraba y me avergonzaba, más que si me meara en la cama. Una canción, el trino de un canario cegado para extraer de su garganta más límpida la nota del reclamo, un abuso en el callejón: me subían estremecimientos de lágrimas y de cólera, presionaban hasta el vómito. Un viejo que se sonaba la nariz, con la ropa ceñida mientras miraba de reojo hacia lo alto en busca de un resquicio de luz, un perro con el rabo entre las patas perseguido por la piedra de un niño: una disentería de los ojos me hacía correr hacia el retrete.

Hasta el grito sofocado del vendedor de ajos me sacudía el pecho. Le salía a duras penas bajo el resto de las voces. ¿Cómo era posible?, ¿es que no hacía gracia el reclamo con el que invitaba a consumirlos: «*Accussì nun facite 'e vierm'*», así no os saldrán gusanos? No, en su voz se convertía en un recurso desesperado. Lloraba con la toalla en la boca. El remedio para parar era mirarme al espejo: mi cara desencajada por las muecas me disgustaba hasta el extremo de detenerme. Si me ocurría en el colegio, tenía que fingir un dolor de estómago y pedir permiso para ir al retrete. Allí no podía quedarme mucho, ocurrían cosas misteriosas, las puertas no se cerraban bien y podía entrar un adulto de repente.

A los diez años empecé a cantar en voz baja. El bombo de la ciudad era suficiente para cubrirme, pero debía ocultar el movimiento de los labios. Me ponía la mano, los dedos tocando los pómulos, la palma como telón. Todavía hoy sigue gustándome cantar así, mientras conduzco. Por un efecto acústico que desconozco, sube a los oídos un sonido intenso y nítido. En el colegio lo hacía durante las explicaciones o con las ventanas abiertas, cuando entraba el bullicio de la ciudad abarrotada. A muchos les disgusta el alboroto de los motores; yo, en cambio, lo prefiero al de las voces. Subían en pirámides de chillidos por necesidad de lanzarse fuera de la garganta, más que para dirigirse a alguien. Las voces de la ciudad abarrotada querían anularse, cada una pretendía suprimir a las demás. Yo prefería los motores, las sonerías, las campanas, el gas sonoro que desprenden de por sí las concentraciones. Con la mano en la boca entonaba el canto para mis oídos.

Lloraba, cantaba, gestos clandestinos. A través de los libros de mi padre aprendía a conocer a los adultos por dentro. No eran los gigantes que pretendían creerse. Eran niños deformados por un cuerpo voluminoso. Eran vulnerables, criminales, patéticos y previsibles. Podía anticipar sus gestos; a los diez años era un mecánico del artefacto adulto. Sabía desmontarlo y volver a montarlo.

Más lamentaba la distancia entre sus frases y las cosas. Decían, aunque fuera sólo a sí mismos, palabras que no mantenían. Mantener: a los diez años era mi verbo preferido. Entrañaba la promesa de tener de la mano, mantener. Lo echaba de menos. A papá, en la ciudad, le molestaba cogermelo de la mano, en la calle no quería, si yo lo intentaba se zafaba metiéndosela en el bolsillo. Era un rechazo que me enseñaba a estar en mi sitio. Lo entendía porque leía sus libros y sabía los nervios y los pensamientos que estaban a espaldas de los gestos.

Conocía a los adultos, excepto un verbo que ellos exageraban en agigantar: amar. Me fastidiaba su uso. En aquel primer curso, el estudio de la gramática latina lo empleaba como ejemplo de la primera conjugación, con el infinitivo en -are. Recitábamos tiempos y modos del amar latino. Era una golosina obligatoria para mí, indiferente a las pasteles. Lo que más me irritaba era el imperativo: ama.

En el ápice del verbo los adultos se casaban, o bien se mataban. Era responsabilidad del verbo amar el matrimonio de mis padres. Junto a mi hermana, éramos un efecto, una de las extravagantes consecuencias de la conjugación. A causa de aquel verbo se peleaban, permanecían callados en la mesa, se oía el ruido del masticar.

En los libros había un tráfico denso alrededor del verbo amar. Como lector, lo consideraba un ingrediente de las historias, que encajaba tan bien como un viaje, un delito, una isla, una fiera. Los adultos exageraban con aquella antigüedad monumental, tomada tal cual del latín. El odio sí, eso lo entendía, era un contagio de nervios tensados hasta el punto de ruptura. La ciudad se tragaba el odio, se lo intercambiaba con los buenos días de griterío y de cuchillos, se lo jugaba a la lotería. No era el de ahora, azuzado contra los peregrinos del sur, meridionales, gitanos, africanos. Era odio de mortificaciones, de pisoteados en casa y apestados en el extranjero. Aquel odio añadía vinagre a las lágrimas.

A mi alrededor no veía y no conocía ese verbo amar. Acababa de leerme el *Quijote* entero y lo había confirmado. Dulcinea era leche cuajada en el cerebro del caballero heroico. No era dama y se llamaba Aldonza. Supe después que para los lectores era un libro divertido. Yo me lo tomaba al pie de la letra y me hacían llorar de rabia las palizas que tenía que recibir en cada capítulo.

Sus cincuenta años intrépidos y resecos eran para mí, en aquel tiempo, la edad de cornisa para quien roza el abismo como sonámbulo. Temía por Quijote de un capítulo a otro. Precisamente mi malicia de lector me serenaba: al libro le quedaban páginas por delante a centenares, no podía morir en las primeras. Me provocaba lágrimas de rabia ese escritor que abollaba a golpes a su criatura. Y tras los bastonazos, las derrotas, a mayor penitencia le abría los ojos, la abertura de un momento, para dejarle ver la realidad tan miserable como era. Y, por el contrario, era él quien tenía razón, Quijote, según mis diez años: nada era lo que parecía. La evidencia era un error, por todas partes había un doble fondo y una sombra.

En primero podía usarse bolígrafo. «Eshsh-cribid»: a la orden del maestro se empuñaba la plumilla y se sumergía. Si el ángulo de la punta sobre el papel era ancho, la gota de tinta se precipitaba sobre la hoja. Si el ángulo era estrecho, no corría y se rascaba en vano. El índice y el medio se impregnaban del pringue de aquel azul. Como instrumental, la hoja de papel secante: los escolares pobres no podían adquirirla, de modo que secaban con el aliento, pero soplando en la justa medida, en régimen de brisa, para no esparcir la tinta. Bajo el aliento ponderado, las letras temblaban relucientes, como lo hacen las lágrimas y las brasas.

En el instituto de enseñanza media no había sección femenina, era de sexo único. Al terminar las clases, los chicos corrían a la salida del instituto femenino. A ratos perdidos los seguía, me pillaba de camino para volver a casa. Allí delante, el sonido de las voces alcanzaba la histeria. Llamadas, chillidos, carcajadas, empujones, una multitud de hombrecillos se enfilaba en la contraria y obtenía los primeros contactos de restregaduras con los cuerpos del misterioso

sexo opuesto. Eran dos barajas de cartas nuevas, intersecadas, densas y fragorosas. Masculino y femenino exasperaban sus diferencias para gustarse.

Yo me quedaba apoyado contra el muro, en la acera, mirando cómo los cuerpos se desembrollaban. Habíamos nacido después de la guerra, éramos la espuma que queda después de la marejada.

El aire se recargaba de brillantina y regaliz. Yo observaba el cuarto de hora de la salida sin entenderlo. No aparecía aún en ningún libro aquella generación. ¿Por qué se sentían tan atraídos por un apelotonamiento de tanque de anguilas? Me entraba el desaliento por ellos y por mí. No llegaríamos a encontrarnos nunca. Ni siquiera en la isla durante el verano: ellos todas las tardes en los bares, donde se pagaba la música introduciendo una moneda en la *juke-box*, yo nadando o en la playa de los pescadores viendo el arrastre de las redes a tierra.

La cuerda era tan gruesa como un bastón, empapada de agua, arrastrada hasta la orilla por doce brazos. Ganaban cada metro centímetro a centímetro, a las órdenes de un jefe que ponía ritmo musical al remolque. A su alrededor asistía gente de mar y yo, que procuraba mezclarme sin demostrar que era forastero. Pero incluso con los descoloridos pantalones azules, la camiseta blanca y los pies descalzos llevaba conmigo hedor de ciudad.

A la llegada del copo se derramaba en la arena guijarrea el blanco reluciente de la pesca, resplandecía de vida cara al sol que más tarde se pondría por detrás de las terrazas de los viñedos.

La pesca con red es la única que no se enrojece de sangre. Las mujeres con las cestas bajas hacían rápidamente la criba y el reparto. Otras tardes iba al muelle con el sedal y un par de gusanos que había buscado en la arena por la mañana. Me quedaba allí sentado a la espera de alguna sa-

curiosa, hacia las ocho volvía y así acababa el día de verano. Aquella temporada de mis diez años recibí el primer permiso para salir también después de cenar. En la isla había dejado de llorar y de cantar.

Mi hermana, dos años menor, era una catapulta de instintos. Expandía a su alrededor sus humores del momento, sin freno. Al despertarse era una furia desatada contra el mundo que la molestaba con el colegio y todo lo demás. Después se ajetreaba en cualquier juego, con preferencia por los de pelota. Quería que jugáramos con una pelotita, en el estrecho espacio entre las habitaciones, a un fútbol endiablado: empujones, pellizcos, chillidos, puntapiés, y sus victorias, culmen del jolgorio. Más tarde aprendería el *ping-pong*, el tenis, el voleibol. Tenía el talento de buscar los ángulos, sus tiros partían desde un instinto de geometría, efectuada con estilo, que es una levedad en el esfuerzo.

A diferencia de mí, tan hogareño, le atraía lo que sucedía fuera, pasaba mucho tiempo en el balcón. En el colegio era la compañía más buscada, a la que invitaban a comer y a pasar la tarde el resto de los escolares. Y hasta a dormir. Aquel verano había sido invitada a varias casas. Se sabía de memoria páginas de *Lo que el viento se llevó*, sabía discutir y, si gritaba, el callejón enmudecía. «*Signo' l' avita fa' canta', accussi sfoga*»^[1], le decían a mi madre las mujeres del edificio. Era tan estrepitosamente distinta de temperamento que hacía creer que uno de nosotros dos había sido intercambiado en la cuna, probablemente yo. Le apasionaba el circo; cuando en invierno acampaba la carpa en Fuorigrotta era obligatorio que fuéramos los cuatro, no admitía ella defeciones. Y se lo pasaba en grande entre aplausos, gritos, y al final el clown la sacaba de su asiento y se la llevaba a la pista a hombros a dar una galopada en corro. Allí subida tocaba la cima de su merecida gloria.

De mayor recorrerá el mundo con un circo, pensaba yo de ella, pero en cambio se quedó en Nápoles. Y tal vez con toda la razón, fuera de allí no existe circo más enorme en el mundo.

Aquel primer curso de la escuela media me habían quedado las matemáticas para octubre. Descubrí la evidencia de mi inferioridad. No seguía los pasos de una operación a otra. Sin saber preguntar, me quedaba atrás. Veía a los demás correr con los números y a mí quieto en la línea de salida. El descubrimiento de la inferioridad sirve para decidir sobre uno mismo. La acepté sin humillación, todo consistía en admitirla. Había vastos campos del saber que no llegaría siquiera a rozar. En octubre superé el examen, no la lección de mi incapacidad. Ninguna habilidad en nada ha podido corregir la noción de escasez que tengo de mí mismo.

Me daba clases particulares en la mesa de un bar un joven maestro de la isla. Calvo, con un empujamiento de pelo de una sien a la otra, la vocecita le salía de la nariz más que de la boca. Se guaseaba de mis dificultades y me sentó bien su variante de la mortificación:

—Tú, un chavalín como Dios manda, ¿cómo es que eres tan tontaina en matemáticas?

Me arrimo a través de la escritura a mi yo de hace cincuenta años, para un jubileo privado mío. La edad de diez no me ha atraído para escribir, hasta ahora. No tiene la multitud interior de la infancia ni el descubrimiento físico del cuerpo adolescente. A los diez se está dentro de un envoltorio que contiene toda forma futura. Se mira hacia fuera como presuntos adultos, pero encajonados en una talla mínima de zapatos. Prosigue la definición de niño, debida a la voz y a los juguetes en desuso aunque conservados aún.

Seguía leyendo algunos tebeos, pero más los libros que me llenaban el cráneo y me ensanchaban la frente. Leerlos se parecía a adentrarse en el mar con la barca, la nariz era la proa, las líneas, olas. Iba despacio, a golpes de remo, ciertas palabras que no entendía las dejaba correr, sin rebuscar en el diccionario. En espera de entenderlas, quedaban aproximativas. Tenía que entenderlas por mi cuenta, definirme las a través de otras ocasiones, a fuerza de toparme con ellas.

Cincuenta años después me arrimo a esa edad de archivo de mis formatos sucesivos. Lejos de allí he consumido la grasa de ese yo mismo, borrando variantes. En aquel cuerpo sumario estaba la conmoción y la cólera de los años revolucionarios, en el latín estaba el adiestramiento para las lenguas sucesivas, en el cráter del volcán estaban las montañas que subiría a cuatro patas. En los escombros reposados de la guerra estaba la de Bosnia que yo atravesaría y las bombas italianas sobre Belgrado del último año del 1900, que yo recibiría asomado a la ventana de un hotel con vistas al Danubio y al Sava.

Destino, según su definición, es una trayectoria prescrita. Para la lengua española es también, más sencillamente, llegada. Para alguien nacido en Nápoles, el destino está a sus espaldas, es provenir de allí. Nacer y crecer en esa ciudad agota el destino: vaya uno donde vaya, ya lo ha recibido como dote, mitad lastre, mitad salvoconducto. En los relatos de mamá, de la abuela, de la tía, estaban los grandes almacenes de historias. Sus voces han formado mi sintaxis, mis frases escritas no son más largas que el aliento que se precisa para pronunciarlas.

En la playa, aquel verano, me afanaba en los esquemas de los crucigramas, de los jeroglíficos, de los anagramas y de las criptografías. Si no los resolvía, no miraba las respuestas publicadas en el número siguiente. Dejaba el vacío

a mis espaldas y proseguía. Hoy creo que las revistas de pasatiempos son una buena escuela de escritura, adiestran en la exactitud del vocablo, que debe corresponder a la definición requerida. Excluye los afines, y la exclusión es gran parte del vocabulario de quien escribe historias. Los pasatiempos me han proporcionado las dotes malabaristas necesarias para las palabras. Lo que entonces creía un vicio solitario fue en cambio el taller mecánico de la lengua.

No pedía ayuda a los adultos, información acerca de un nombre, de un hecho desconocido. Ocurría, en cambio, que me preguntaran a mí. Era un asunto delicado. Si tenía la solución, debía estar atento a cómo presentarla. No podía decirla así sin más, era pedantería. «Lo tengo en la punta de la lengua. Estoy seguro de que empieza con...». Si no se les ocurría, al cabo de un rato, fingiendo que había estado pensando sólo en eso, decía la palabra. Había aprendido sobre los adultos en los libros, sabía cómo había que tratarlos. Con mis coetáneos, en cambio, no sabía, más allá de los turnos obligados del colegio no compartía una distracción.

En la sombrilla de al lado, una chica del norte se pasaba todo el tiempo leyendo libritos policíacos, los mismos que mi abuela devoraba en un día. Me pasmaba que alguien pudiera leerse un libro entero en un día. Por las líneas paso lento incluso ahora, voy andando respecto a quien lee a velocidad de bicicleta. La chica leía así, rápida, y por nada a su alrededor distraída. Su madre la interrumpía invitándola a un chapuzón, a refrescarse. Dejaba sobre la toalla el libro abierto y obedecía a su invitación, sin hastío, sin entusiasmo tampoco. Y no hacía muecas afectadas al contacto con el agua, entraba en ella ligera, como en otra habitación. Nadaba a espalda y a braza, diez minutos y vuelta atrás. Se estrujaba sobre la arena sus mechones castaños, se secaba y se tumbaba a leer.

Yo la miraba por curiosidad. También ella, al pasar la página, miraba rápidamente hacia donde yo estaba, seria, con un punto de interrogación sobre las cejas. No se me ocurría ni de lejos la idea de una atracción. Ningún efecto provocaba en mi cuerpo el suyo tumbado leyendo. El mío permanecía cerrado, ni siquiera sabía explicarme por qué en la ciudad lloraba y en la playa no. Debía de ser la sal, que se me quedaba pegada durante la temporada, sirviéndome de escudo.

La chica no se parecía a las que salían entre el gentío mixto del colegio. Creaba a su alrededor el efecto contrario, de silencio. Pasaba una lancha motora de madera reluciente, con una estela blanca detrás de la hélice, dejándose admirar. Ella no se daba la vuelta. Pasaba el transbordador de las once y descargaba oleadas divertidas para quien sabía afrontarlas. Las madres se alineaban como centinelas, alguna llamaba a un hijo fuera del metro de vigilancia, ella nada, indiferencia universal. Me congratulaba con su desdén altanero, tan meridional, que sin duda no era consciente de poseer.

Me daba cuenta de la novedad: estaba prestando atención a una persona de mis años. Jamás me permitiría la iniciativa, «¿Qué estás leyendo?». Lo sabía ya.

Después del transbordador de las once, mamá me daba veinte liras para tomar un polo en el bar. Iba a degustarlo bajo las estacas que sostenían la terraza. Mientras lo compraba, se acercó ella también y pidió lo mismo. Mientras desenvolvíamos los polos, dijo:

—Leo libros policíacos.

Como si fuera la cosa más habitual, contesté en voz baja: